

La filosofía entre la *historía* y la *poíesis*

Jesús Ezquerro Gómez

Reflexión filosófica diferenciando lo singular (*historía*) de lo universal (*poíesis*). El *histor* es un “vidente”, cuenta lo que ve, mientras que el *poietés* es un autor, un creador, alguien que pone en el mundo algo que antes no estaba en él.

Aristóteles, en el capítulo noveno de su *Poética*, distingue entre *ho historikós* y *he poietés*. ¿El historiador y el poeta? Una larga tra(d)ición de traductores nos ha ofrecido una y otra vez esta apresurada interpretación de los términos griegos. La senda la habían abierto ya los traductores latinos, quienes trasladaron esos vocablos griegos a los latinos *historicus* y *poeta*. Pero ¿es el *historikós* un historiador y el *poietés* un poeta?

Historikós es un adjetivo, de modo que una traducción literal no debería verter *ho historikós* como “el historiador” sino como “el histórico” (así lo hizo la lengua latina: *historicus*), si bien, claro está, no en el sentido del que está sometido al paso del tiempo, sino en el del que se ocupa de la *historía* (del mismo modo que *veridicus*, dicho de una persona no quiere decir en latín “verdadero” sino “que dice la verdad”).

El término *historikós*, en una acepción próxima a la que tiene para nosotros el vocablo “historiador”, aparece por primera vez precisamente en Aristóteles designando a aquél cuyo quehacer es, por decirlo con palabras de Heródoto, narrar *tà genómēna ex anthrópon*, es decir, los acontecimientos debidos a los hombres. Cuando el Estagirita escribe *ho historikós* piensa, en efecto, en Heródoto y en el tipo de género que este acaba de crear. No obstante, si se le hubiera preguntado a Heródoto qué era, probablemente hubiera Respondido: un *hístor*, es decir, alguien que hace *historía*. ¿Qué es la *historía*?

El sustantivo *hístor* deriva de la raíz **uid*, que significa *ver* (de tal raíz derivan vocablos como “vidente” o “videojuego”). *Hístor* significa, por lo tanto, *el que ha visto*. Además de ver el *hístor*

narra o describe lo que ha visto. Esa narración es la *historía*. Así define su libro Heródoto al principio del mismo: *historiēs apódexis*, es decir, un informe o exposición de lo que ha visto. El *hístor* escribe lo que ha visto en prosa. Por el contrario, los narradores de hechos pertenecientes a un pasado que nadie ha visto, como es el caso de Homero o Hesíodo, escriben en hexámetros dactílicos, es decir, no hacen *historía* sino *épos*. Por eso el “historiador” en la antigua Grecia es contemporáneo de aquellos hechos que narra: Heródoto cuenta lo que ha visto en sus viajes; Tucídides la guerra en la que ha participado.

Si *hístor* es el que narra en prosa lo que ha visto, no sólo es *hístor* Heródoto, sino también Tales, Aristarco, Aristóteles, Hipócrates y todos los primeros científicos griegos, incluido el joven Sócrates.¹ Este sentido originario de la *historía* griega pervive todavía hoy en expresiones como “historia natural”. El *hístor*, por lo tanto, no es *primo et per se* un historiador, sino un científico: alguien que investiga, indaga algo y lo explica en un informe “prosaico”. El “histórico” es sólo un tipo particular de *hístor*: alguien que investiga o indaga *tà genómēna ex anthrópon*.

¿Qué pasa con el vocablo *poietés*? También resulta abusivo traducirlo por “poeta”. El verbo correspondiente a este sustantivo es *poiéō*, que significa hacer, producir, crear. La *poíesis*, actividad propia del *poietés*, es una acción pero abocada a la creación de una obra, de un *érgon*. Aristóteles la opone a la *práxis*, que es también acción pero una cuyo fin es la propia acción (por ejemplo,

vivir, pensar, *et cetera*). El *poietés* es, por lo tanto, un autor, un creador, alguien que pone en el mundo algo que antes no estaba en él.

Mientras que al *historikós* le corresponde “el decir lo que ha sucedido” (*tò tà genómēna légein*), al *poietés* toca decir “lo que podría suceder” (*tò oía àn génoito*), es decir, “lo posible según la verosimilitud o la necesidad” (*tà dunatà katà tò eikòs è tò anankaion*). Aristóteles añade además esta significativa observación: “por eso la *poíesis* es más filosófica (*philosophóteron*) y sería (*spoudaióteron*) que la *historía*; pues la *poíesis* dice más bien lo universal (*tà kathólou*), mientras que la *historía* dice lo singular (*tà kath’ hékaston*)”.²

A continuación el Estagirita pone un ejemplo de qué entiende, en este contexto, por “universal” y por “particular”: “Es universal a qué tipo de hombres les acontece decir o hacer tales o cuales cosas verosímil o necesariamente, que es a lo que tiende la *poíesis*, aunque luego ponga nombres a los personajes; y particular, qué hizo o qué le sucedió a Alcibiades”.

La condición del *poietés* es, por lo tanto, paradójica: por un lado, pone algo, una obra (un *érgon*) en el mundo. Es decir, su tarea propia es crear *singularidades*. Pero por otro lado esas singularidades tienen la condición de decir, de expresar lo *universal*. Son, por así decir, *singularizaciones* de lo universal. Por ejemplo, cuando Homero crea a Aquiles no está describiendo a un hombre singular que hubiera existido realmente en tiempos de la guerra de Troya sino que está creando un tipo humano; en cierto

² *Poética*, 9, 1451b 5-7. Sigo casi exactamente la traducción de Valentín García Yebra.

¹ Véase Fedón, 96a 6-8.

modo un arquetipo: el ideal de *areté* o virtud guerrera y, en especial, su efecto más temible: la *cólera* (esa palabra “cólera”, *ménis*, es justamente la que abre el poema delatando el asunto del mismo). Ulises no es sólo Ulises, sino la astucia (la *métis*) y también la añoranza de la patria; la Antígona de Sófocles no es sólo Antígona sino el amor fraterno; El Oteló de Shakespeare no es sólo Oteló sino los celos; el Alceste de Molière no es sólo Alceste sino la misantropía. Todos estos personajes no han existido, pero podrían haber existido, es decir, son *posibles* “según la verosimilitud o la posibilidad”.

Esto es justamente lo que hace “más filosófica” la *poiesis* que la *historía*, pues mientras que esta es, podríamos decir, *idiota* (uso el término en el sentido del griego *idiotés*, es decir, separado de su contexto, aislado, recluso en su mera, abstracta singularidad), aquélla muestra en sus creaciones la universalidad que las explica y les da sentido. ¿Qué es la filosofía sino la búsqueda de sentido? Platón llama a esta búsqueda *téchne dialéktiké*, es decir, “dialéctica”. La creación del *poietés*, por lo tanto, no es paradójica, como hemos dicho antes, sino *dialéctica*. Ese carácter dialéctico, es decir, que conjuga lo singular y lo universal, es el que le da una dimensión filosófica.

Sin embargo hay también una cierta *historía* que busca universalizar lo singular. Se trata de la historia política tucidéa, que tendrá continuidad en Maquiavelo y Hobbes (la primera publicación del pensador inglés fue precisamente una traducción de la obra de Tucídides).

En el primer libro de la *Historia de la guerra del Peloponeso* Tucídides escribe que no cuenta más que los hechos que ha presenciado (*parên*). No obstante, quien lea su obra no sólo tendrá un conocimiento exacto de los acontecimientos coetáneos de su autor sino también “de los que en el futuro serán iguales o semejantes, de acuerdo con las leyes de la naturaleza humana”. Si Tucídides cuenta en su *Historia* lo que ha vivido no es por añoranza ni por hacer justicia al pasado; su intención es más bien descubrir en esa vivencia las leyes universales que rigen el devenir de

los hombres con la intención de poder predecir los acontecimientos futuros y así posibilitar una praxis política regida por la *prudencia*. Esta es la razón de que, como escribe Francisco Rodríguez Adrados, la historia fuera uno de los géneros que se utilizaron en la antigua Grecia para expresar el pensamiento político:³ cuando uno describe el pasado en realidad está anticipando el porvenir. En este sentido Tucídides no es sólo un *hístór*, sino también, en cierto modo, un *philosophós*, ya que trata de descubrir en el hecho contingente y fugaz una cierta necesidad y permanencia. Como dice Leo Strauss “Tucídides nos permite ver lo universal en el acontecimiento individual que narra y a través de este: es por este motivo que su obra es un bien para todos los tiempos”.⁴ El historiador Arnold Toynbee, durante la guerra del catorce se percató de que la experiencia que estaba viviendo ya había sido, en cierta manera, vivida por Tucídides. “Su presente —escribió— había sido mi futuro”.⁵ Es significativo en este sentido que el general Patton se llevara consigo la *Historia* de Tucídides en su campaña de Sicilia y que Churchill tuviera un ejemplar del libro en su mesilla de noche: en el presente del griego vislumbraron quizás su propio futuro. La única diferencia del *hístór* tucidéico con el filósofo es que aquél presenta los universales *en silencio*,⁶ es decir, como si no se tratara de un discurso filosófico sino mera *historía*.

La relación que se establece aquí entre lo singular y lo universal es inversa a la del *poietés*: mientras que este parte de lo universal para crear una singularidad que lo exprese (un personaje, o una situación paradigmáticos) el *hístór* tucidéico parte de lo singular e intenta descubrir en ello lo universal.

Toda la filosofía que podríamos denominar “clásica” desde Platón a

3 F. RODRÍGUEZ ADRADOS, *Democracia y literatura en la Atenas clásica*, Alianza Ed., Madrid, 1997, p. 244.

4 L. STRAUSS, *La ciudad y el hombre*, Katz, Buenos Aires, 2006, p. 206.

5 A. TOYNEEBE, *La civilización puesta a prueba*, Buenos Aires, 1949, p. 15

6 L. STRAUSS, ob. cit., p. 208.

Hegel se ha autoconcebido como una *teoría del juicio* entendido como el lugar de encuentro (y desencuentro) entre lo singular y lo universal. Por ejemplo, en la gnoseología Kantiana (que no sólo es, como se sabe, gnoseología sino también ontología), se trata de hacer *sensibles los conceptos y conceptuales las sensaciones*. Estas sin aquellos carecen de unidad, son pura diversidad (*Mannigfaltigkeit* es el vocablo que usa Kant), dispersión, caos. Son, según Kant, *ciegas*. Pero aquellos sin estas, aunque coherentes y plenos de sentido, no tienen contacto con lo real, con la vida. Están, dice Kant, *vacíos*. El error de empiristas y racionalistas es haber primado sólo una de las fuentes fundamentales del conocimiento en detrimento de la otra (la expresión “fuentes fundamentales del conocimiento”, *Grundquellen des Gemüts*, es de Kant⁷).

“ Heródoto cuenta lo que ha visto en sus viajes; Tucídides la guerra en la que ha participado. ”

La relación entre la *historía* y la *poiesis* es análoga: la *historía* nos brinda el hecho singular, irrepetible, contingente, fugaz e inmediato mientras que la *poiesis* nos permite alcanzar un sentido, un significado. Parafraseando a Pascal Quignard podríamos decir que la *historía* descubre vida insignificante y la *poiesis* produce muertos significantes.⁸ El sentido exento, abstracto, desligado de la tierra, desarraigado, está vacío, muerto. Por otro lado, las singularidades despojadas de todo sentido están, aunque vivas, ciegas. Entre la vaciedad y la ceguera, entre lo muerto con sentido y la vida sin sentido sólo el término medio entre ambos extremos, el “entre” (*meta-xý*), el *daímon* mediador de la filosofía⁹ nos ofrece una posibilidad, por remota que sea, de reconciliación.

7 KrV A 50 / B 74.

8 P. QUIGNARD, *La lección de música*, El funambulista, Madrid, 2005, p. 74.

9 Véase el discurso de Diótima en *El banquete* platónico: 201 d ss.